





Hernán Salcedo Plazas

Verdad,
servicio, gratuidad

Colección Cultura Institucional



Universidad de
La Sabana

Salcedo Plazas, Hernán

Verdad, servicio, gratuidad / Hernán Salcedo Plazas –
Chía : Universidad de La Sabana, 2014.

88 p. ; 10.5x17cm. (Colección Cultura Institucional)

ISBN: 978-958-12-0357-4

Incluye bibliografía

1. Verdad 2. Servicio 3. Bondad I. Salcedo Plazas,
Hernán II. Universidad de La Sabana (Colombia) III. Tít.
IV. Serie.

CDD 177.7

Co-ChULS

Reservados todos los derechos
© Universidad de La Sabana
© Hernán Salcedo Plazas
2014
ISBN: 978-958-12-0357-4
800 ejemplares
Impreso y hecho en Colombia
Hecho el depósito legal

Universidad de La Sabana
Dirección de Publicaciones
Campus del Puente del Común
Km 7 Autopista Norte de Bogotá
Chía, Cundinamarca, Colombia
Tel. (57-1) 8615555 Ext. 45001
<http://publicaciones.unisabana.edu.co>
publicaciones@unisabana.edu.co

Colección Cultura Institucional



Dirección de Cultura Institucional
María Claudia Gutiérrez Prieto
DIRECCIÓN GENERAL

Dirección de Publicaciones
Elsa Cristina Robayo Cruz
DIRECCIÓN EDITORIAL

María José Díaz-Granados
Hernando García B.
CORRECCIÓN DE ESTILO

KILKA - Diseño gráfico
DISEÑO DE CARÁTULA

Dirección de Publicaciones
Universidad de La Sabana


DIAGRAMACIÓN Y MONTAJE
Mauricio Salamanca



Nomos impresores
IMPRESIÓN



Contenido



 Con espíritu de conquista.....	9
El 2 de octubre de 1928.....	13
Primacía del amor.....	21
Algunos frutos sabrosos de la primacía del amor	25
Un amor sin complejos.....	29
Unidad del saber e interdisciplinariedad	35
María, Madre del Amor Hermoso, Asiento de la Sabiduría	40
La suave luz de la tarde.....	43

 El servicio, vocación fundamental del hombre	47
 Caminos para ahondar en la economía desde la óptica del don	67
Referencias	84

Con espíritu de conquista*



* Texto publicado en: *San Josemaría y la Universidad*, Universidad de La Sabana, 1a. ed. colombiana, 2009, pp. 141-267.



*Los llamados hombres prácticos
no son los más útiles a la Iglesia de
Jesús, como tampoco lo son los meros
pregoneros de teorías, sino más bien los
verdaderos contemplativos, que poseen
una pasión lucidísima e infatigable:
divinizar y transfigurar en Cristo y con
Cristo toda realidad creada.¹*

Era el tercer domingo de enero de 1973. Pocos días antes había llegado a Roma. Hacia las once de la mañana me encontraba haciendo un rato de oración en uno de los oratorios de Villa Tevere,² el de san José. Debajo del altar reposan las reliquias de san Severino.³ De

¹ Del Portillo, Á., artículo publicado en *L'Osservatore romano*, 23.VI.1985, con ocasión del décimo aniversario del fallecimiento del fundador del Opus Dei.

² Villa Tevere es la sede central de la Prelatura del Opus Dei. Para conocer una breve historia, ver, por ejemplo, Urbano, P. (2008). *El hombre de Villa Tevere*, Barcelona, Editorial Planeta, cap. IV.

³ San Severino, un soldado del ejército imperial romano, que murió mártir en los primeros siglos, estuvo enterrado durante mucho tiempo en una catacumba de la Urbe, hasta que, bajo el pontificado del Papa Gregorio XVI, sus sagrados restos se trasladaron a Nápoles, y pasado el tiempo, a finales de los años cincuenta del siglo XX, se expusieron al culto en ese pequeño oratorio de la sede central de la Prelatura del Opus Dei.

pronto, me avisaron que san Josemaría quería tener con nosotros un rato de tertulia. Bajé rápidamente hasta la sala en la que nos esperaba nuestro Padre.⁴ Fue la primera vez que lo vi. Después, muchas veces, he meditado en los detalles de las circunstancias en que, por gracia de Dios, tuve con él mi primer encuentro.

Ahora reflexiono de nuevo sobre ellas, cuando escribo sobre el amor del fundador del Opus Dei a la institución universitaria —él fue siempre un universitario—, en una ocasión importante. Hace 30 años el INSE⁵ —fundado en 1971— se convirtió en la Universidad de La Sabana. No pienso hacer ahora una investigación sobre el pensamiento de san Josemaría acerca de la Universidad. Solo deseo señalar algunos rasgos de su vida que han marcado la mía hondamente, en relación con la búsqueda de la verdad, inseparable de la unidad y de la caridad. Me ilusiona, no la transmisión de unos acontecimientos personales, sino que la sobrecundancia de fuego que Dios puso en el corazón de san Josemaría llegue a muchos, a través

⁴ San Josemaría quiso que nos dirigiésemos a él —y a sus sucesores— llamándolo Padre, no por el nombre del cargo, porque somos una familia.

⁵ El INSE, Instituto Superior de Educación, creado por la Asociación para la Enseñanza, Aspaen, recibió en 1979 la aprobación del Gobierno nacional para convertirse en la Universidad de La Sabana. Estas líneas son también un agradecimiento a todos los que con su trabajo dieron vida a nuestra *alma máter*.

de estos recuerdos, y los encienda en amor a la verdad conocida.

El 2 de octubre de 1928

El sentido del andar terreno, a medida que se avanza, se va haciendo más profundo y esencial, con resplandor propio para cada caminante. En algunos, la intervención de Dios los ilumina desde los comienzos de su vida: los hace *ver más*. De alguna manera, les presta sus ojos para que oteen el horizonte. A partir de entonces viven de ese encuentro, de ese amor —y de la misión que entraña—. San Josemaría fue uno de ellos. Me cautivan esos hombres de Dios, llenos de luz. Todos, cada uno en razón de la gracia que les es dada, ven a Cristo Señor.

Me viene ahora a la memoria, muy a propósito, el inicio y el final de un poema sobre el rey David:⁶

1

“Desde toda la eternidad se complacía Dios Creador en su Proyecto David Rey padre de Jesucristo desde el vientre de su madre era pastor y rey y profeta y

[músico

⁶ Ibáñez Langlois, J. M. (1989). *El Rey David*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

el Espíritu Santo reposaba sobre él desde la cuna

[despertaba y dormía bajo la inmensa
[sombra de aquellas sus alas

Dios le dio un corazón a la medida del corazón de Dios y se lo mejoró con quebrantos y lágrimas como suele

[hacerlo con sus elegidos

desde el instante de su unción real se sintió clavado en su lugar intransferible exacto bajo las estrellas, ah esa estrella en su frente ese calzar suavísimo con el

[Todo

ah esa sensación del electo que se siente entero su

[propio camino

y hasta sus vísceras y dientes y uñas son todo misión y no se aparta un milímetro a la izquierda o a la derecha

[de su rectilínea

se apartó David dos y tres veces del camino

[que era su propio ser

pero cuánto lloró y lloró y castigado fue con el golpe de la mano de Dios y perdonado fue de modo que a la postre sus propios pecados calzaran

[exactamente

con el Proyecto “David Rey padre de Jesucristo.

[...]

68

El rey David se muere

y quién podrá negar que su postrera mirada vio el rostro de Jesús de Nazaret

esa mirada de antepasado fue más profética que él

[Salmo 2

fue más amorosa que la mano de la Verónica con su velo fue más táctil que el velo sobre ese rostro fue una mirada más conversa que la conversión

[de san Agustín

fue más desgarradora que el martirio de la pequeña Inés fue más clarividente que la *Suma Teológica* fue más arrepentida que la súplica del buen ladrón y quién podrá negar que esa mirada gritó acuérdate de mí Señor cuando estés en tu Reino”.

A san Josemaría —elegido, como hemos sido todos, desde la eternidad— se le otorgó muy temprano en la parábola de su existencia una mirada que atraviesa la historia entera. Su aventura divina comenzó el 2 de octubre de 1928.

¿Qué ocurrió ese día, para el que Dios lo venía preparando desde niño?

“No se conserva ninguna narración datada en esa misma fecha, pero sí diversos testimonios posteriores del fundador. El escrito más antiguo dista solo tres años del acontecimiento; se trata de una nota manuscrita redactada el 2 de octubre de 1931: **Hoy hace tres años (recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles. Conmovido me arrodillé —estaba solo en mi cuarto, entre plática y plática— di gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de N. Sra. de los Ángeles) que, en el Convento de los Paúles, recopilé con alguna unidad las notas sueltas, que hasta entonces venía tomando; desde aquel día, el borrico sarnoso se dio cuenta de la hermosa y pesada carga que el Señor, en su bondad inexplicable, había puesto sobre sus espaldas. Ese día el Señor fundó su Obra: desde entonces comencé a tratar almas de seglares, estudiantes o no, pero jóvenes. Y a formar grupos. Y a rezar y a hacer rezar. Y a sufrir...**”

“Iluminación, luz, darse cuenta, ver, son las expresiones a las que el Siervo de Dios⁷ acudió siempre para evocar lo ocurrido en aquella jornada decisiva. Dios se introdujo

⁷ Las palabras citadas se escribieron años antes de su canonización, cuando el proceso estaba iniciándose.

entonces una vez más en su vida, pero, en ese momento, no ya con insinuaciones y atisbos, sino con luz clara y definitiva. A partir de ese instante supo qué era lo que Dios quería de él, cuál era la tarea a la que debía dedicar su existencia".⁸

¿De qué se dio cuenta? ¿Qué vio? Vio triunfar a Cristo, diría, abreviando. Cito unas palabras tuyas en las que se condensa esa mirada, enmarcadas por otras del actual prelado del Opus Dei, monseñor Javier Echevarría Rodríguez, gran canciller de nuestra Universidad.

"Era el 7 de agosto de 1931. De cuando en cuando el Señor irrumpía en su alma y la iluminaba, con luces nuevas, para que adquiriera una comprensión más profunda del contenido teológico y del alcance eclesial de la misión del Opus Dei, fundado por inspiración divina el 2 de octubre de 1928. Aquel día de 1931 —fiesta, en Madrid, de la Transfiguración del Señor—, mientras celebraba la Santa Misa con un recogimiento muy intenso, vibrante con el deseo de entregarse completamente a la realización de la voluntad divina, san Josemaría escuchó dentro de sí el pasaje evangélico que hemos leído hace un momento (se refiere al versículo 32

⁸ Fuenmayor, A. de; Gómez-Iglesias, V.; Illanes, J. L. (1989). *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*. Pamplona: Universidad de Navarra, pp. 26-27.

del capítulo 12 del Evangelio de san Juan: Y Yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí) [...] Pero sigamos su propia narración: **Llegó la hora de la consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme —acababa de hacer *in mente* la ofrenda al amor misericordioso—, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: *et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*.**⁹ Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el *ne timeas!*, soy Yo. Esta locución imprevista era la premisa de una gracia, estrechamente unida a su misión fundacional. He aquí su descripción: **Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas.**¹⁰ Era una nueva confirmación de la raíz evangélica del espíritu del Opus Dei y de su misión en la Iglesia: difundir la conciencia de la vocación universal a la santidad y la comprensión del trabajo profesional como ámbito y medio del santificación”.¹¹

⁹ Jn XII, 32.

¹⁰ Escrivá de Balaguer, J., “Apuntes íntimos”, n.º 217.

¹¹ Echevarría, J., *Para servir a la Iglesia*, p. 64. Al final del párrafo que cito, el autor introduce la siguiente nota que transcribo:

Mirada más clarividente que toda la ciencia humana que el hombre puede alcanzar con su trabajo a lo largo de los siglos. Desde esa cima contempla, me atrevo a afirmar, la búsqueda del saber superior: **Dos caminos** – escribió en sus Apuntes el 3 de abril de 1932– **se presentan: que yo estudie, gane una cátedra y me haga sabio. Todo esto me gustaría y lo veo factible. Segundo: que sacrifique mi ambición, y aun el noble deseo de saber, conformándome con ser discreto, no ignorante. Mi camino es el segundo: Dios me quiere santo, y me quiere para su Obra.**¹²

Su amor a la Universidad es un amor sacrificado, acrisolado: tiene la pureza de la sinceridad. No existe amor más genuino que el nacido de la Cruz. Podemos beber siempre de esa fuente con agradecimiento, sin temor. Lo haremos a continuación, no sin antes añadir otra característica de la luz fundacional, necesaria para comprender mejor sus enseñanzas.

La Neovulgata introduce en el texto de san Juan una variante respecto a la versión de la antigua Vulgata: no dice “atraeré todo (*omnia*) a mí”, sino “atraeré todos (*omnes*) a mí”. Entre las dos diciones no hay contradicción: a través de la elevación de los hombres a Dios, todas sus obras, la creación entera viene elevada a Dios, recapitulada en Cristo.

¹² Ver, por ejemplo, Escrivá de Balaguer, J. (2004), *Camino*, edición crítico-histórica a cargo de Rodríguez, P, 3a. ed., Madrid, Ediciones Rialp, p. 946.

Me refiero a su amor al mundo. Amor que, en Dios, alcanzó para san Josemaría su perfección última. Podría acercarme a esta realidad desde múltiples perspectivas, pero ahora me interesa una que resalta la unión entre la bondad del mundo y la investigación. Está recogida en una de sus homilías y dice así: **Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza¹³ y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe— aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: “Ego sum veritas”.**¹⁴ Yo soy la verdad.

El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de

¹³ Cfr. Gn I, 26.

¹⁴ Jn XIV, 6.

los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que “vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el Cielo”.¹⁵

Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte.¹⁶

Primacía del amor

Llevo grabadas a fuego estas palabras de san Josemaría: **el amor de Dios marca el camino de la verdad, de la justicia, del bien.**¹⁷ Amor y verdad se convierten, enseñan los clásicos. El amor nos ha puesto en la existencia, aunque al comienzo solo vemos en forma muy limitada. Luego, se avanza paso a paso, de la

¹⁵ Mt v, 16.

¹⁶ Escrivá de Balaguer, J. (1991). *Es Cristo que pasa*. 28.a ed., Madrid: Ediciones Rialp, Madrid, 1991, n.º 10.

¹⁷ Escrivá de Balaguer, J. (1990). *Amigos de Dios*. 16.a ed., Madrid: Ediciones Rialp, n.º 38.

mano del amor, que nos guía sabiamente: de él, siempre nos podemos fiar.

Por eso, **cuando nos decidimos a contestar al Señor: “mi libertad para ti”, nos encontramos liberados de todas las cadenas que nos habían atado a cosas sin importancia, a preocupaciones ridículas, a ambiciones mezquinas. Y la libertad —tesoro incalculable, perla maravillosa que sería triste arrojar a las bestias—¹⁸ se emplea entera en aprender a hacer el bien.¹⁹ Ésta es la libertad gloriosa de los hijos de Dios.²⁰**

Si se quiere avanzar sin trabas en la búsqueda de la verdad superior es preciso, en primerísimo lugar, desatar el corazón de toda atadura mala. El corazón puro ve con una profundidad insospechada. Contemplar la realidad, conocerla con hondura, exige método sin lugar a dudas, pero ante todo una vida inmaculada. ¿Y cómo es posible vivir así? Sellando nuestra vida con la entrega de Cristo hasta la muerte, que nos purifica constantemente de mil formas distintas.

En el decreto pontificio que proclama la heroicidad de las virtudes del fundador del Opus Dei, se lee: “Amó ardentísimamente a

¹⁸ Cfr. Mt VII, 6.

¹⁹ Cfr. Is 1, 17.

²⁰ Escrivá de Balaguer, J., *Amigos de Dios*, Op. cit., n.º 38.

la Santísima Eucaristía, y consideró constantemente el Sacrificio de la Misa como **centro y raíz de la vida cristiana**".²¹ En efecto, la expresión **centro y raíz de la vida cristiana** se encuentra repetidas veces en la predicación de san Josemaría,²² como muestra de su esfuerzo constante por transformar cada jornada en una prolongación del Sacrificio del Altar. Don Álvaro del Portillo, el testigo más importante de la vida del fundador del Opus Dei, refiere: "La Santa Misa era el centro de su heroica dedicación al trabajo y la raíz que vivificaba su lucha interior, su vida de oración y de penitencia. Gracias a esa unión con el Sacrificio de Cristo, su actividad pastoral adquirió un valor santificador impresionante: verdaderamente, en cada una de sus jornadas todo era *operatio Dei*, Opus Dei, un auténtico camino de oración, de intimidad con Cristo en su entrega total para la salvación del mundo."²³

²¹ Decreto pontificio sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, 9. IV. 1990, en *Romana* 6 (1990.1) 25.

²² Cfr. por ejemplo, Escrivá de Balaguer, J. (1988). *Es Cristo que pasa*, *Op. cit.*, n.º 87; *Forja* (1988), 7a. ed., Madrid: Ediciones Rialp, n.º 69; "Sacerdote para la eternidad", en *Amar a la Iglesia*, Madrid: Ediciones Palabra, p. 81.

²³ Del Portillo, Á. (1990). Sacerdotes para una nueva evangelización. En AA. VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales, Actas del XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*. Pamplona, p. 996.

Parafraseando a nuestro primer gran canciller, don Álvaro del Portillo, propongo a mis lectores, a cada uno, personalmente: que el Santo Sacrificio del Altar sea el centro de tu heroica dedicación a la búsqueda de la verdad, para que toda tu actividad adquiriera un valor santificador impresionante.

¿Cuál es la brújula que indica dónde está el amor verdadero? La sinceridad. Si erradicamos toda hipocresía, daremos siempre en el blanco de la correspondencia. Me ha hecho meditar profundamente el punto 339 de *Surco*: "*Tota pulchra es Maria, et macula originalis non est in te!*" — ¡toda hermosa eres, María, y no hay en ti mancha original!, canta la liturgia alborozada. No hay en Ella ni la menor sombra de doblez: ¡a diario ruego a Nuestra Madre que sepamos abrir el alma en la dirección espiritual, para que la luz de la gracia ilumine toda nuestra conducta! María nos obtendrá la valentía de la sinceridad, para que nos alleguemos más a la Trinidad Beatísima, si así se lo suplicamos.²⁴

Si María, por voluntad de Dios y en atención a los méritos infinitos de Cristo, fue concebida sin pecado, sin mancha alguna, fue luego su sincera correspondencia, sin **la menor sombra de doblez**, la que le hizo

²⁴ Escrivá de Balaguer, J. (1990). *Surco*, 6a. ed., Madrid: Ediciones Rialp, n.º 339.

permanecer en ese amor. ¡Tan importante es la sinceridad!

Algunos frutos sabrosos de la primacía del amor

El estudio, la investigación, no es algo solitario, requiere trabajar codo a codo con los demás, formar equipo, convivir. Características de la convivencia que san Josemaría resumía en pocas palabras: delicadeza extrema en el trato, cariño, amistad. Otras veces hablaba del bálsamo de la comprensión que no habla mal de nadie ni critica a ninguna persona, y se refería también al perdón. Pienso que este espíritu es imprescindible para llevar a cabo el esfuerzo de sacar adelante una universidad.

¡Cómo se agradece un ambiente de trabajo lleno de paz, recio y leal, sin traiciones ni suspicacias, sin palabras hirientes! **Paz, verdad, unidad, justicia.** ¡Qué difícil parece a veces la tarea de superar las barreras, que impiden la convivencia humana! Y, sin embargo, los cristianos estamos llamados a realizar ese gran milagro de la fraternidad: conseguir, con la gracia de Dios, que los hombres se traten cristianamente, "llevando

los unos las cargas de los otros”,²⁵ viviendo el mandamiento del amor, que es vínculo de la perfección y resumen de la ley.^{26, 27}

No emplear nunca la violencia para hacer salir del error, no maltratar a nadie, es también algo muy propio de ese ambiente grato de labor. El espíritu del Opus Dei es acoger con especial comprensión al que está en el error, pues el error se corrige con la caridad, con el estudio desapasionado, nunca con la violencia: **cuando alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos** — predicó san Josemaría desde los comienzos —, **para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan.**²⁸

Del perdón podría citar tantas enseñanzas suyas. Contentémonos con estas breves de *Forja*: **Por todos los caminos honestos de la tierra quiere el Señor a sus hijos, echando la semilla de la comprensión, del perdón, de la convivencia, de la caridad, de la paz.**

²⁵ Mt xv, 19.

²⁶ Mt ó, xxi.

²⁷ Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*, Op. cit., n.º 157.

²⁸ Citado en Ponz, F. (1976). La educación y el quehacer educativo, en AA. W., *Memoria de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Universidad de Navarra, p. 115.

—Tú, ¿qué haces?²⁹

Pasando a otro de esos frutos sabrosos, me viene a la memoria lo que cuenta uno de sus biógrafos. El contexto del sucedido es la fidelidad del fundador al espíritu que recibió de Dios, que dejó esculpido para que durase hasta el fin de los tiempos. Realizó esta tarea de muchas maneras. Una de las más importantes consistió en incorporar en cada uno de sus hijas y de sus hijos las riquezas que recibió, con su oración, ejemplo y formación. Como buen pedagogo usaba de recursos muy variados: charlas, meditaciones, tertulias, correcciones paternas, indicaciones prácticas, consejos confidenciales... Quienes hemos tenido la gracia de haber recibido ese tesoro directamente de sus desvelos paternos, aunque haya sido por espacio de poco tiempo, entendemos muy bien lo que sigue: “En una de esas tertulias salió a cuento el que don Álvaro iba a publicar un libro. Intervino el fundador, refiriendo lo que él desearía escribir; pero, sobre la marcha, dio un rumbo inédito a la idea. Mostrando a don Álvaro los rostros de los allí presentes, exclamó: **¡Mira qué biblioteca! ¡Estas son mis obras!**

²⁹ Escrivá de Balaguer, J. (1988). *Forja*, 7ª. ed., Madrid: Ediciones Rialp, n.º 373.

— **Formar personas.**³⁰

La Universidad fracasaría si su biblioteca fuese exclusivamente de libros, así contuviesen la ciencia más alta. Su obra principal es **formar personas**. El amor lleva a la relación personal, a procurar la amistad, a evitar el anonimato: ¡que nadie se sienta solo! **Formad a los alumnos** —decía en una tertulia en 1964— **de tal modo que jamás se encuentren solos, que no tengan que experimentar jamás la amargura de la soledad.**³¹ **¡No pueden tratarse las almas en masa! No es lícito ofender la dignidad humana y la dignidad de hijo de Dios, no acudiendo personalmente a cada uno con la humildad del que se sabe instrumento, para ser vehículo del amor de Cristo: porque cada alma es un tesoro maravilloso; cada hombre es único, insustituible. Cada uno vale toda la sangre de Cristo.**³²

Una formación que se caracteriza por **la educación en la libertad personal y en la responsabilidad también personal. Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde, no hay necesidad de controles ni de**

³⁰ Vázquez de Prada, A. (2003). El fundador del Opus Dei. *Los caminos divinos de la tierra*. Madrid: Ediciones Rialp, p. 397.

³¹ Citado en Ponz, F. (1976). La educación y el quehacer educativo, en AA. W., *Memoria de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*. Universidad de Navarra, p. 115.

³² Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*, Op. cit., n.º 80.

vigilancia: porque todos se sienten “en su casa”, y basta un simple horario. Luego, el espíritu de convivencia, sin discriminaciones de ningún tipo. Es en la convivencia donde se forma la persona; allí aprende cada uno que, para poder exigir que respeten su libertad, debe saber respetar la libertad de los otros. Finalmente, el espíritu de humana fraternidad: los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás. Si no, de poco sirven.³³

Un amor sin complejos

El amor quita cualquier complejo de inferioridad en la búsqueda de la verdad, brinda el espíritu de conquista:³⁴ **los cristianos amilanados —cohibidos o envidiosos— en su conducta ante el libertinaje de los que no han acogido la palabra de Dios, demostrarían tener un concepto miserable de nuestra fe. Si cumplimos de verdad la ley de Cristo —si nos esforzamos por cumplirla, porque no siempre lo conseguiremos—, nos descubriremos dotados de esa maravillosa gallardía de espíritu, que no necesita ir a buscar**

³³ Escrivá de Balaguer, J. (1989). *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. 17a. ed., Madrid: Ediciones Rialp, n.º 84.

³⁴ Cfr. Escrivá de Balaguer, J., *Forja*, *Op. cit.*, n.º 282.

en otro sitio el sentido de la más plena dignidad humana.³⁵

Búsqueda que culmina en sabernos hijos de Dios: No lo olvidéis: el que no se sabe hijo de Dios desconoce su verdad más íntima y carece en su actuación del dominio y del señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas la cosas.³⁶

Damos aquí con el núcleo de las relaciones entre ciencia humana y fe. El hombre de todas las épocas ha intentado comprender el universo. En su avance, colaborando con la Providencia divina ha ido descubriendo el carácter personal de la creación, a tal punto que el Creador hecho hombre vino a habitar en este mundo. Un cosmos, por tanto, destinado a ser morada de Dios con los hombres.

Si el progreso del universo se desvinculara de la fe y se atribuyera exclusivamente a una ciencia humana sin relación con Dios, se quedaría sin punto de partida ni de llegada. Un ir a la deriva que terminaría en un infierno de odios y, finalmente, en la destrucción de la vida, incluida la del hombre. Una de las responsabilidades de quienes se saben hijos de Dios es llevar los modernos conocimientos científicos a la fe —sin confundir la

³⁵ Escrivá de Balaguer, J. *Amigos de Dios*, n.º 38.

³⁶ *Ibid.*, n.º 26.

Revelación con la ciencia humana —, injertándolos de nuevo en la teología de la creación que no ha sido nunca determinista. ¡También la contingencia verdadera es fruto del amor de Dios!

Salvarán a este mundo nuestro de hoy —hemos oído repetir a san Josemaría—, **no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu y reducirlo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que saben que la norma moral está en función del destino eterno del hombre: los que tienen fe en Dios y arrostran generosamente las exigencias de esa fe, difundiendo en quienes le rodean un sentido trascendente de nuestra vida en la tierra.**³⁷

Meditando en estas realidades, a la luz de las enseñanzas del fundador del Opus Dei, he ido descubriendo, cada vez con mayor claridad, que Dios hace con los hombres como con los niños: los va soltando poco a poco. Al comienzo, como no se saben conducir por sí mismos —situación agravada por el pecado—, les da casi todo hecho. A medida que van progresando, les aumenta su responsabilidad sobre la creación que se abre a su trabajo inteligente y amoroso, que obra entonces lo que san Josemaría llamaba **milagros**

³⁷ Escrivá de Balaguer, J., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Op. cit., n.º 95.

materiales. ¡Cuántos vemos en nuestros días! Que no caigamos en la tentación ancestral de pensar entonces que somos Dios, sino que agradezcamos al Creador la confianza que tiene en nosotros, sus hijos.

Esos **milagros materiales** requieren la **realidad del trabajo bien hecho, la preparación científica adecuada durante los años universitarios.** Con esta base, hay miles de lugares en el mundo que necesitan brazos, que esperan una tarea personal, dura y sacrificada. La Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanzados con sus estudios, debe prepararles para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana.

Muchas veces esta solidaridad se queda en manifestaciones orales o escritas, cuando no en algaradas estériles o dañosas: yo la solidaridad la mido por obras de servicio, y conozco miles de casos de estudiantes [...] que han renunciado a construirse su pequeño mundo privado, dándose a los demás mediante un trabajo profesional, que procuran hacer con perfección humana, en obras de enseñanza, de asistencia, sociales, etc., con un espíritu siempre joven y lleno de alegría.³⁸

³⁸ *Ibid.*, n.º 75.

Es este también un camino de inmensa trascendencia para hacer renacer la confianza en la vida. En primer lugar, en la vida humana, que hemos de apreciar y agradecer como un don inestimable del Creador, desde su concepción hasta el momento en que Dios nos llame a su presencia a través de la muerte. La razón de lo que afirmo se resume en estas palabras de *Forja*: **Dios no se deja ganar en generosidad.**³⁹ Se trata de la generosidad de su amor que al darnos a su Hijo, con Él nos ha dado todo: Dios mismo, la filiación divina, todas las cosas.

¿Por qué, entonces, se ha propagado tanto el miedo a los hijos? Se pueden aducir muchas razones que en el fondo se reducen a una: el amor se ha empequeñecido. **San Juan Apóstol escribe unas palabras que a mí me hieren mucho: “*qui autem timet, non est perfectus in caritate*”. Yo lo traduzco así, casi al pie de la letra: el que tiene miedo, no sabe querer. — Luego tú, que tienes amor y sabes querer, ¿no puedes tener miedo a nada! — ¡Adelante!**⁴⁰

Recibir con alegría los hijos, fruto de la fidelidad responsable al amor matrimonial, desvela la lógica de la generosidad divina. ¿Y cuál es esa lógica? La sobreabundancia, el dar sin medida. Cada persona que nace lleva

³⁹ Escrivá de Balaguer, J. *Forja*, Op. cit., n.º 623.

⁴⁰ *Ibid.*, n.º 260.

impreso ese sello divino, está llamada a darse totalmente y a hacer sobreabundar la creación, en bien de la humanidad: a cada una le corresponde, en unión solidaria con los demás, crear riqueza —no solo material— y compartirla de todas las formas que es capaz la sabiduría del amor.

La verdad del viejo adagio, “cada hijo viene con un pan debajo del brazo” —por referirme a uno de los miedos de nuestra civilización: el temor a carecer de recursos, a causa del crecimiento demográfico—, significa que la Providencia divina comprende, entre otras cosas, la capacidad del ser humano de realizar nuevas multiplicaciones de los panes, verdaderos **milagros materiales**. Lo que pondrá siempre en riesgo al hombre —y, con él, al conjunto de todas las cosas creadas—, es la pobreza moral, la alienación de Dios, que destruye la fraternidad —**desde que Cristo nos ha redimido no hay diferencia de raza, ni de lengua, ni de color, ni de estirpe, ni de riquezas...: somos todos hijos de Dios**⁴¹— y, en consecuencia, el auténtico desarrollo de la familia humana.

Terminemos este apartado con un punto de *Surco*: **Ésta es tu tarea de ciudadano cristiano: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la**

⁴¹ Escrivá de Balaguer, J. *Amigos de Dios*. Op. cit., n.º 123.

economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social.⁴²

Unidad del saber e interdisciplinariedad

No me refiero ahora a la organización concreta de la vida universitaria que puede y debe ser tan variada. Quiero hablar de algo que le pertenece por vocación y que tiene también relación con el amor. La fragmentación del saber, ¿no es una consecuencia del amor enfermo que aprisiona la verdad con la injusticia?⁴³ Pienso que sí. Cuando el amor es íntegro impulsa a distinguir sin separar, a entrelazar lo grande y lo pequeño, lo material y lo espiritual, lo teórico y lo práctico, lo temporal y lo eterno, la razón y la fe, la verdad y el amor... lo divino y lo humano. Sin distinción caeríamos en la confusión; sin unidad, en la destrucción.

Por tanto, un peligro constante para quienes se dedican al estudio es todo aquello que desvirtúa el amor: la soberbia en primer lugar. **Cuando se descuida la humildad, el hombre pretende apropiarse de Dios, pero no de esa manera divina, que el mismo Cristo**

⁴² Escrivá de Balaguer, J. *Surco*. *Op. cit.*, n.º 302.

⁴³ Cfr. *Rom* 1, 18.

ha hecho posible [...] sino intentando reducir la grandeza divina a los límites humanos. La razón, esa razón fría y ciega que no es la inteligencia que procede de la fe, ni tampoco la inteligencia recta de la criatura capaz de gustar y amar las cosas, se convierte en la sinrazón de quien lo somete todo a sus pobres experiencias habituales, que empequeñecen la verdad sobrehumana, que recubren el corazón del hombre con una costra insensible a las mociones del Espíritu Santo. La pobre inteligencia nuestra estaría perdida si no fuera por el poder misericordioso de Dios que rompe las fronteras de nuestra miseria.⁴⁴

Pocas veces he encontrado una expresión sintética tan acertada para describir el estado a que queda reducida nuestra inteligencia sin la humildad: **razón fría y ciega**. Una razón así causa constantes estragos. Quizá lo primero que hace es excluir la religión de la universidad. **Y una universidad de la que la religión está ausente es una universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye — sino que exige — las demás dimensiones.**⁴⁵

Una razón así no cae en la cuenta de que **Dios nos llama también a través de los grandes**

⁴⁴ Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*. Op. cit., n.º 165.

⁴⁵ Escrivá de Balaguer, J. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Op. cit., n.º 73.

problemas, conflictos y tareas que definen cada época histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad.⁴⁶ Ni comprende la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana,⁴⁷ no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar.

Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística.⁴⁸

Tampoco comprende que hay campos en los que cada uno ha de **formar con libertad las propias opiniones y [...] asumir la responsabilidad personal de su pensamiento y de su actuación, siendo siempre consecuente con la fe que se profesa.**⁴⁹

⁴⁶ Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa* Op. cit., n.º 110.

⁴⁷ Cfr. Tertuliano, *Apologeticum*, 17, PL 1, 375.

⁴⁸ *Ibid.*, 111.

⁴⁹ Escrivá de Balaguer, J. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Op. cit., n.º 90.

La razón fría y ciega aprisiona la verdad con la injusticia y termina paradójicamente fomentando, en nombre de la técnica o de una falsa objetividad científica, la neutralidad ideológica, la ambigüedad, el conformismo, la cobardía, el sometimiento al dictado de las propias pasiones desordenadas y de las corrientes favorables de opinión. Reinan entonces la desconfianza y el miedo, y se impone la tiranía de unos sobre otros, que esteriliza cualquier intento de cooperación.

En resumen, como enseña el apóstol san Pablo, *aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, sería como el bronce que resuena o un golpear de platillos. Y aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tuviera tanta fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, no sería nada. Y aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para dejarme quemar, si no tengo caridad, de nada me aprovecharía. La caridad es paciente, la caridad es amable; no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace en la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.*⁵⁰

⁵⁰ I Cor XIII, 1-7.

En una situación histórica de globalización, como la que nos corresponde vivir, urge sanar las heridas de la razón con el calor del amor de Dios y de la fe, si queremos el verdadero progreso de la familia humana, que no se alcanza si no se busca el bien de cada persona. Tampoco hemos de olvidar que la justicia exige a la razón responder íntegramente de la tarea que le corresponde: malentendería a san Josemaría quien pensase, aunque fuese por un instante, que la caridad y la fe disminuyen la responsabilidad del trabajo esforzado de la inteligencia o invaden el campo que le pertenece.⁵¹ Sería caer en el fideísmo o en el

⁵¹ Mientras escribía estas reflexiones fue presentada públicamente la tercera Carta Encíclica del Papa Benedicto XVI, *Caritas in veritate*. Meditarla, estudiarla y hacerla operativa es indispensable para asumir las responsabilidades que reclama la situación actual de nuestro mundo. Sirvan de atractivo para su lectura estas breves líneas del número 30: “La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. Ciertamente, puede reducirse a cálculo y experimentación, pero si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser ‘sazonado’ con la ‘sal’ de la caridad. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor. [...] Al afrontar los fenómenos que tenemos delante, la caridad en la verdad exige ante todo conocer y entender, conscientes y respetuosos de la competencia específica de cada ámbito del saber. La caridad no es una añadidura posterior, casi como un apéndice al trabajo ya concluido de las diferentes disciplinas, sino que dialoga con ellas desde el principio. Las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre

clericalismo, totalmente ajenos al pensamiento del fundador del Opus Dei que advirtió con claridad que **cuando se ven las cosas de este modo, el templo se convierte en el lugar por antonomasia de la vida cristiana; y ser cristiano es, entonces, ir al templo, participar en sagradas ceremonias, incrustarse en una sociología eclesiástica, en una especie de “mundo” segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del Cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino. La doctrina del cristianismo, la vida de la gracia, pasarían, pues, como rozando el ajetreado avanzar de la historia humana, pero sin encontrarse con él.**⁵²

María, Madre del Amor Hermoso, Asiento de la Sabiduría

Nos quiere, san Josemaría, seguros, optimistas. ¿Cómo lograrlo, habiendo tantos enemigos capaces de derrotarnos? El camino que siguió siempre nuestro Padre fue un confiado

hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe *el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor*”.

⁵² Escrivá de Balaguer, J. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer Op. cit.*, n.º 113.

amor a María Santísima. Tenía la certeza de su protección invencible, porque el Señor nos la dio por Madre. Una Madre que además es la omnipotencia suplicante.

Como enamorado de María, la invocó de tantas maneras. Una, que nos ayudará a sacar adelante la Universidad, es: ***“Santa María, Sedes Sapientiae”*** – **Santa María, Asiento de la Sabiduría**–. **Invoca con frecuencia de este modo a Nuestra Madre, para que Ella llene a sus hijos, en su estudio, en su trabajo, en su convivencia, de la Verdad que Cristo nos ha traído.**⁵³

Podemos terminar estas reflexiones con una cita que recapitula en buena medida lo que he tratado de exponer. En mayo de 1967, en una reunión que san Josemaría tuvo con estudiantes de la Universidad de Navarra les había prometido un libro sobre temas estudiantiles y universitarios. Meses más tarde en una entrevista titulada “La Universidad al servicio de la sociedad actual”, el entrevistador, Andrés Garrigó, le preguntó si el libro tardaría mucho, y él respondió:

“Permitid a un viejo de más de sesenta años esta pequeña vanidad: confío en que el libro saldrá y en que podrá servir a profesores y alumnos. Al menos, meteré en él todo el

⁵³ Escrivá de Balaguer, J. Surco. *Op. cit.*, n.º 607.

cariño que tengo a la Universidad, un cariño que no he perdido nunca desde que puse los pies en ella por primera vez hace... ¡tantos años!

Quizá tarde todavía un poco, pero llegará. Prometí, en otra ocasión, a los estudiantes de Navarra, una imagen de la Virgen para colocarla en medio del campus, y que desde allí bendijera el amor limpio, sano de vuestra juventud. La estatua tardó un poco en llegar, pero llegó al fin, Santa María, Madre del Amor Hermoso, bendecida expresamente por el Santo Padre para vosotros.

Sobre el libro he de deciros: no esperéis que gustará a todos. Expondré allí mis opiniones, que confío en que serán respetadas por los que piensen lo contrario, como respeto yo todas las opiniones distintas de la mía; como respeto a los que tienen un corazón grande y generoso, aunque no compartan conmigo la fe de Cristo. Os contaré una cosa que me ha sucedido muchas veces, la última aquí, en Pamplona. Se me acercó un estudiante que quería saludarme. — Monseñor, yo no soy cristiano — me dijo —, soy mahometano. — Eres hijo de Dios como yo — le contesté. Y lo abracé con toda mi alma”.⁵⁴

⁵⁴ Escrivá de Balaguer, J. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Op. cit., II.0 85.

El libro no llegó a escribirlo; el abrazo nos lo da a cada uno desde el Cielo, con amor eterno. ¡Qué gran intercesor tenemos ahora, ante la Trinidad Santa! Acudamos a él como padre y maestro en el trato con Dios, en la vida familiar, en las relaciones con los demás, en el trabajo, en lo pequeño..., en todo.

La suave luz de la tarde

Quizá más de uno se haya sentido inquieto al no encontrar apenas palabras de nuestro primer gran canciller, el siervo de Dios Álvaro del Portillo, a lo largo de estas páginas. Voy a confesar por qué. Un hecho del que tuve noticia casualmente puede ayudar a comprender la razón de esta aparente ausencia. No retengo de ese acontecimiento más que lo nuclear: la fecha, el lugar y muchos otros detalles se han borrado de mi memoria; así destaca más lo que quiero ilustrar, por lo que no he querido rastrear el artículo de *National Geographic* en el que constan los detalles. Se trata de una expedición espeleológica que por fin descubre unas cuevas largamente buscadas. Para sorpresa de los investigadores, todo se reduce a unas paredes sin nada valioso a la vista. De pronto, a alguien se le ocurre iluminar las cavernas con luz ultravioleta. Entonces, las paredes revelan su secreto: unos frescos invisibles hasta ese momento.

Al morir San Josemaría ocurrieron muchas cosas, todas buenísimas. Una de ellas es que le sucedió don Álvaro del Portillo. Al primero le puso Dios en lo más hondo del alma el deseo de **ocultarse y desaparecer; ¡que solo Jesús se luzca!**⁵⁵ Al segundo, ser la sombra de nuestro Padre, a tal punto que una numeraria auxiliar,⁵⁶ refiriéndose a su elección como prelado del Opus Dei, decía: “el que se murió fue don Álvaro”. No se nos revelaría en toda su riqueza el espíritu del fundador sin la luz suave del amor fiel de nuestro primer gran canciller.

A él me he encomendado para que me guiase a lo largo de estas reflexiones y en toda mi vida, pues así estoy seguro de que no

⁵⁵ Así lo dejó escrito san Josemaría con motivo de sus bodas de oro sacerdotales.

⁵⁶ En el Opus Dei no hay más que un fenómeno vocacional que se adecua a las diversísimas circunstancias de la vida de sus fieles, ciudadanos corrientes iguales a sus conciudadanos. Sobre las numerarias auxiliares, que tienen por profesión la atención doméstica de los centros de la Obra —hogares cristianos—, ver por ejemplo, Rodríguez, P.; Ocariz, F.; Illanes L. (1993). *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid: Ediciones Rialp, pp. 179-192. De ellas decía en una ocasión, con mucha gracia, san Josemaría: “Os tengo una envidia tremenda... Como soy hombre, no puedo ser numeraria auxiliar. Pero algunas veces he pensado: Josemaría, ¿tú qué querías? Y -os voy a asustar un poco- me he contestado: —No ser del Opus Dei. ¿Para qué?— Para pedir la admisión y ser el último. Si fuera mujer, ¡qué bien!, porque entonces sería numeraria auxiliar, de seguro”. Tanto amaba ese modo de seguir al Señor en el Opus Dei.

me separaré ni un ápice de lo que Dios quiere para la Obra de Dios. Su luz, sin llamar la atención, está en cada una de las palabras que he escrito. Quise resaltar de este modo su humildad fiel a Dios, a la Iglesia y a san Josemaría. Estoy seguro de que me ha sonreído. Acudamos también a sus escritos y, sobre todo, a su oración, y veremos la **historia de las misericordias de Dios**⁵⁷ con la nitidez del paisaje iluminado por la suave luz de la tarde.

Bogotá, 7 de julio de 2009

⁵⁷ Muchas veces san Josemaría nos dijo que la historia de la Obra es la historia de las misericordias de Dios.



El servicio, vocación fundamental del hombre*



* Palabras de Monseñor Hernán Salcedo Plazas, en la ceremonia de la Solemnidad de la Anunciación del Señor, el 8 de abril de 2013, Bogotá.



El capítulo 6º del evangelio de san Lucas, a continuación de las bienaventuranzas, expone la enseñanza de Jesús acerca del amor y la misericordia hacia los enemigos, hasta dar la vida por ellos, como él y con él y en él: “En esto hemos conocido el amor –dice san Juan–: en que él dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos”.¹

De la doctrina del Señor en esa ocasión, me interesa detenerme especialmente en las siguientes palabras: “Dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante; porque con la misma medida que midáis se os medirá”.² Se puede decir que la afirmación “dad y se os dará” significa el sentido más alto del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, y destinado a ser en Cristo imagen del Verbo encarnado. La medida del dar nos la ha revelado Cristo, que nos amó hasta el extremo; es decir, hasta hacerse vulnerable al golpe mortal del amigo que se ha vuelto enemigo, para ofrecerle la vida a través de su muerte expiatoria, que cambia el odio y la violencia en perdón, en dar desbordante, en misericordia.

En este dar la vida hasta la muerte está en juego nuestro conocimiento de Dios y del

¹ 1 Jn 3, 16

² Lc 6, 38

hombre, por eso la he escogido como punto de partida de mi exposición. También la he elegido porque para la sensibilidad moderna la muerte expiatoria de Cristo es inconcebible; le parece incompatible con una imagen limpia de Dios: “Tantas veces se dice –afirma Benedicto XVI–: ¿Acaso no es un Dios cruel el que exige una expiación infinita? ¿No es esta una idea indigna de Dios? ¿No debemos quizás, en defensa de la pureza de la imagen de Dios, renunciar a la idea de expiación?”.³ Conviene, por tanto, acercar el hombre de hoy a la esencia del cristianismo.

El hombre ha sido creado como un *dar destinado a ser aceptado* por Dios en Cristo, pero esto no es posible, después del pecado, sin la redención; es decir, sin el perdón divino.⁴ Por tanto, en Cristo muerto y resucitado, se revela al hombre plenamente quién es Dios y quién es el hombre.

Vamos a considerar este misterio a la luz de la creación, para intentar comprenderlo mejor. Conocemos bien los pasajes del *Génesis*

³ Joseph Ratzinger - Benedicto XVI. (2011). *Jesús de Nazaret. Segunda parte. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Madrid: Ediciones Encuentro, pp. 143 y 270.

⁴ Contemplando el misterio de la mutua entrega entre Dios y los hombres, san Josemaría exclama: “¡Si los hombres hubieran querido dar otro curso al amor de Dios! ¡Si tú y yo hubiésemos conocido el día del Señor!” (*Vía Crucis*, I Estación).

en los que se narra la creación del hombre. Detengámonos en los versículos 26 a 28 del capítulo primero: “Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra»”.

La riqueza de estas palabras es inagotable. Ahora, quiero ceñirme al sentido literal primario del versículo 27, expuesto de manera sencilla.⁵ La regla precisa del paralelismo, que es el modo de descifrar correctamente este texto, tiene como finalidad iluminar un concepto reiterándolo, y nos permite llegar a lo siguiente:

-Dios creó el hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó

-varón y mujer los creó

¿Qué concepto se reitera? Imagen de Dios.

⁵ Lo que aquí expongo se basa en la 7ª meditación de los ejercicios predicados por el Cardenal Gianfranco Ravasi, en el Vaticano, del 7 al 23 de febrero de 2013. Meditación titulada *Dios en el hombre*, en la que reflexiona sobre el hombre como teofanía de Dios.

¿Qué corresponde al concepto imagen de Dios? Corresponde, varón y mujer. Y, por tanto, somos imagen de Dios como varón y mujer; pero no entendida en su sentido de dualidad sexual, pues es clarísimo que Dios no es un ser sexuado.

Entonces, ¿en qué sentido somos imagen de Dios como varón y mujer? El significado es en realidad muy sencillo y se descubre en el interior de la tradición sacerdotal de la que procede el texto, que construye toda la historia de la salvación con base en las genealogías: “En la genealogía de Adán (*Gén* 5), se comienza evocando la creación del ser humano a imagen de Dios y la bendición divina, para añadir que Adán engendró a Set “a su imagen y semejanza” (5, 1-3; 1, 26-28). La genealogía de *Gén* 5 alude así a la transmisión de la imagen y de la bendición divina a través de los hijos, desde Adán hasta Noé. Se percibe aquí la función teológica de la genealogía”.⁶

Para la Escritura, el sentido primario del ser creados a imagen de Dios es, con palabras de Juan Pablo II: “que el hombre y la mujer, creados como «unidad de los dos» en su común humanidad están llamados a vivir una comunión de amor, y, de este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que

⁶ Sagrada Biblia, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, Madrid, 2012, p. 11.

se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina".⁷

Ahora bien, la transmisión de la vida humana, fruto del amor de los esposos, comporta la novedad de una nueva persona humana creada por Dios, el hijo. Con otras palabras, marido y mujer sirven a Dios ofreciendo el don de su amor fecundo, en espera de que al ser aceptado, Dios les dé un hijo. Por tanto, el hombre no es creador sino a imagen del Creador. Además, el don del hijo es el que descifra el sentido de la comunión de amor de los esposos, como veremos enseguida.

El *Génesis* también nos dice que el hombre fue creado el sexto día y que Dios vio que la criatura humana era muy buena y bella.⁸ Es significativo que el hombre, la cima de la creación, sea creado el sexto día.⁹ Sabemos que en la Biblia el seis es el vértice de la imperfección, siete menos uno; tanto es así, que la cifra de la bestia del *Apocalipsis* es 666.¹⁰

⁷ Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, n.7.

⁸ Cf. *Gén* 1, 31.

⁹ Para estas consideraciones me inspiró también en la 7ª meditación del Cardenal Ravasi, citada anteriormente.

¹⁰ Ap 13, 18. La cifra es consoladora, pues no llega a la perfección, que sería 777: por tanto, su crueldad será parcial y transitoria.

¿Cómo es posible que esta plenitud sea imperfecta? La respuesta está dentro de la liturgia, de la oración, porque este hombre imperfecto puede celebrar el sábado, el séptimo día; es decir, puede entrar en comunión con Dios. Así, su imperfección se diluye, pues entramos en el tiempo de Dios: el séptimo día es la eternidad. Con esta luz, comprendemos que la comunión de amor fecundo del varón y la mujer, en que primariamente se cifra el ser imagen de Dios, está orientada a la comunión con Dios como hijos.

Por la Revelación conocemos que la historia humana apunta a un hijo del hombre, un segundo Adán que recapitule en él todas las cosas¹¹ y lleve a su plenitud la comunión del hombre con Dios; es decir, que Dios nos ha destinado en el Verbo hecho hombre en María, esposa virginal de José, a ser sus hijos. La filiación divina en Cristo, es la bendición más alta con la que Dios nos ha bendecido.¹² Bendición que no podíamos aceptar, al estar nuestra libertad atada por el pecado, sin el perdón divino que nos alcanza Cristo expiando nuestros pecados en la cruz.

¿Qué significa el misterio de la expiación? Significa que Dios en Cristo “«bebe el cáliz» de todo lo que es terrible, y restablece

¹¹ Cf. Ef 1, 10

¹² Cf. Ef 1, 3-14.

así el derecho mediante la grandeza de su amor, que a través del sufrimiento transforma la oscuridad”,¹³ y así “devuelve a Dios toda la humanidad”,¹⁴ la introduce en la comunión con Dios. Misterio de tal luminosidad que nunca lo acabaremos de comprender y que “no tiene que ser sacrificado a ningún racionalismo sabiondo”.¹⁵ Lo podemos resumir con palabras del evangelio de san Marcos, así: “El Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos”.¹⁶

Si seguimos a Cristo, también nosotros *bebemos el cáliz* en la medida en que se nos conceda, y así podemos exclamar con san Pablo: “me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia. De ella he sido yo constituido servidor por disposición divina, dada en favor vuestro”.¹⁷ Sin unión con la cruz, no es posible servir; pero esto no es una desgracia, sino una alegría agradecida, pues sabemos que Dios-Padre no abandonó a Cristo a la

¹³ Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Op. cit.*, p. 270.

¹⁴ *Ibid.*, p. 273.

¹⁵ *Ibid.*, p. 279.

¹⁶ Mc 10, 45.

¹⁷ Col, 1, 24-25.

muerte. El don de la resurrección y la vida eterna ilumina y da sentido último a la entrega de la vida hasta la muerte y a cualquier padecimiento, si estamos unidos a la Pasión de Cristo.¹⁸

Resumiendo lo expuesto hasta ahora, podemos decir que el hombre, creado varón y mujer, ofrece, da a Dios su amor fecundo, su vida elevada a don, y espera de Él que le dé hijos, y en último término que le dé a su Hijo, para que tenga vida y la tenga en abundancia.¹⁹ Así se cumple el “dad y se os dará”: Dios espera el dar del hombre, creado a su imagen, para darle, en Cristo, la plenitud de su imagen. De otro modo, al don de la vida humana ofrecida, Dios corresponde con el don de la vida divina entregada: dad y se os dará.

Avancemos un poco más. El ofrecimiento de la vida lo podemos llamar con propiedad servicio en sentido pleno. También se le puede denominar, desde esta perspectiva, sacrificio. El servicio, así entendido, tiene carácter litúrgico, cultural; y se relaciona, por tanto, con la condición sacerdotal del hombre. Por eso, Cristo, verdadero hombre, ha venido a servir, a ofrecer su vida humana en sacrificio, con un

¹⁸ Cf. Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Op. cit.*, p. 167.

¹⁹ Cf. Jn 10, 10.

sacerdocio que no pasa.²⁰ Jesús se identifica con el siervo de Dios de la visión del profeta Isaías (Cf. Is 53), fundamental para entender el sacerdocio y el culto del Nuevo Testamento.

San Josemaría Escrivá explicaba que todos los cristianos, sin excepción, “hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo (1 Pe 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre”.²¹

El hombre, por tanto, ha sido creado para servir, para dar la vida y recibir la Vida. Cristo, hombre verdadero que lleva el hombre a su plenitud, sacrificándose en la cruz, ha cumplido hasta el final el acto de entrega sacerdotal de su vida por nosotros. Por nosotros significa, en favor nuestro, que equivale a decir que Cristo asocia la entrega de su vida en la cruz a la entrega de la vida de todo hombre y del mundo a Dios, para darnos la vida divina, con tal que la aceptemos; aceptación que se inicia por la reconciliación con Dios y se manifiesta en dar la vida por los demás sin reservarnos nada, muriendo a nosotros mismos, como el

²⁰ Para este punto, es esencial la Carta a los Hebreos.

²¹ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 96.

grano de trigo, como Cristo al lavar los pies de los Apóstoles.

Vale la pena citar aquí unas palabras de Benedicto XVI sobre el lavatorio de los pies, que aportan luz sobre este modo de entender el servicio del que Jesús nos da ejemplo para que sigamos sus pasos: “Podemos decir que en este gesto de humildad, en el cual se hace visible la totalidad del servicio de Jesús en la vida y la muerte, el Señor está ante nosotros como el siervo de Dios; como Aquel que se ha hecho siervo por nosotros, que carga con nuestro peso, dándonos así la verdadera pureza, la capacidad de acercarnos a Dios. En el segundo «canto del siervo de Dios», en el profeta Isaías, se encuentra una frase que en cierto modo anticipa la línea de fondo de la teología joánica de la Pasión: «El Señor me dijo: “Tú eres mi siervo y en ti seré glorificado” (LXX: doxasthésomai) (cf. Is 49, 3). Esta conexión entre el servicio humilde y la gloria (dóxa) es el núcleo de todo el relato de la Pasión en san Juan: precisamente en el abajamiento de Jesús, en su humillación hasta la cruz, se transparenta la gloria de Dios; Dios Padre es glorificado, y Jesús en Él. Un pequeño inciso en el «Domingo de Ramos» –que podría considerarse como la versión joánica de la narración del Monte de los Olivos– resume todo esto: «Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si para eso he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu

nombre. Entonces vino una voz del cielo: Le he glorificado y volveré a glorificarle» (Jn 12, 27s). La hora de la cruz es la hora de la verdadera gloria de Dios Padre y de Jesús”.²²

Como nos recuerda el actual Prelado del Opus Dei: “Hemos oído no pocas veces una comparación a la que recurría san Josemaría. Comentaba que los cristianos que ansían caminar cerca del Maestro hemos de ser, «en las manos llagadas de Cristo, la semilla que el Sembrador divino lanza en el surco. Y como el sembrador mete el puño en la talega, lo saca cuajado de granos dorados, y los tira a voleo, así nos hemos de dar vosotros y yo, sin esperar nada en la tierra, ni inventarnos penas que no existen. Pero es preciso, como afirma el Evangelio, que el grano se entierre y muera en apariencia, para ser fecundo (cfr. Jn 12, 24). Sólo así seremos una buena semilla, en la siembra que el Señor quiera hacer para abrir caminos divinos en la tierra»”.²³

Ciertamente, la vocación originaria del hombre es vocación al amor, como enseña el Papa Juan Pablo II: “Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la exis-

²² Joseph Ratzinger - Benedicto XVI (2011). *Jesús de Nazaret. Segunda parte. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Madrid: Ediciones Encuentro, p. 94.

²³ Javier Echevarría Rodríguez. *Carta Pastoral con ocasión del Año de la fe*, n. 40.

tencia *por amor*, lo ha llamado al mismo tiempo *al amor*. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es, por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano",²⁴ que, de acuerdo con lo que hemos desarrollado, podemos traducir así: *el servicio es la vocación fundamental e innata de todo ser humano*.

Para entender esta afirmación con más profundidad, vamos a expresar brevemente algunos temas.²⁵

Amar equivale a dar: es decir, que ser persona humana significa en su sentido más alto un dar destinado a ser aceptado. Amar, por tanto, corresponde solo a las personas y compromete su libertad: sin libertad, no se ama. Además, el amar es recíproco, nunca solitario. Quien ama da, ofrece, y queda a la espera de la aceptación de la otra persona.

Sin la aceptación el acto de dar se frustra. Si se acepta, se instaura el don. El don vincula

²⁴ Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 11.

²⁵ En este punto, me inspiró en la antropología trascendental de Leonardo Polo.

a las personas, las compromete, las une; y, el vínculo por el que se hacen solidarias es justamente el don, que por eso se puede llamar también amor, que se distingue del amar. En este sentido, amar equivale a dar, aceptar, don. El amar, se puede decir, es trino; aunque en el hombre, el don no es persona, por ser su vida de orden esencial. Es decir, que *el dar personal al ser aceptado, eleva la vida humana a don, la entrega, la sacrifica, la ofrece como sacerdote de su propia vida, la transforma enteramente en servicio, no se apodera de ella de modo egoísta.*

Pasemos al último punto que voy a tratar ahora. Si la filiación divina en Cristo es la bendición más alta con la que Dios nos ha bendecido, el servicio es inseparable de la familia. Se sirve a Dios, que en su vida trinitaria es familia. Se sirve al hombre en el hogar fundado sobre la comunión de amor de los esposos, y en esa otra familia universal que es la comunidad humana. Se sirve en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, donde se unen la familia divina y la humana, y de la que forma parte el hogar de Jesús, María y José, inicio de la nueva creación.

Servir en familia tiene unas características precisas: se sirve “con humildad, considerando cada uno a los otros como superiores”,²⁶ haciéndose “el último de todos”.²⁷ El servicio

²⁶ Flp 2, 3.

²⁷ Mc 9, 35.

implica vaciarse de la propia excelencia para hacerse siervo de los otros. El servicio, como el amor, demuestra su verdadera naturaleza en el descenso, en el abajamiento que acoge y acepta.

San Josemaría Escrivá comprendió con luces divinas la grandeza del servicio, por lo que es indispensable conocer bien su enseñanza, de la que recojo a continuación una breve síntesis.

Meditó innumerables veces e hizo suyas las palabras de Cristo que recoge san Mateo y que citamos antes: “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por muchos”.²⁸ “Queremos servir –dejó escrito en una de sus cartas–, nos sentimos honrados de hacerlo y estamos convencidos de que no podríamos imitar a Cristo, como es nuestro único deseo, si prescindiéramos de ese afán”.²⁹

En ese camino de servicio, lo primero y más importante es esforzarse por servir de verdad a Dios; servicio que se manifiesta en el servicio a los demás. “Servir es una cosa deliciosa: yo tengo por orgullo de mi vida ser el servidor de todo el mundo. Quiero servir a Dios y, por amor de Dios, servir con amor a todas las

²⁸ Mt 20, 28.

²⁹ Carta, 31-V-1943, n. 2.

criaturas de la tierra; sin distinción de lenguas, de razas, de naciones, de creencias; sin distinción de ninguna de las circunstancias que los hombres, con más o menos falsía, señalan en la vida de la sociedad".³⁰

De los sacerdotes afirmaba: "Servir es el gozo más grande que puede tener un alma, y es eso lo que tenemos que hacer los sacerdotes: día y noche al servicio de todos; si no, no se es sacerdote. Debe amar a los jóvenes y a los viejos, a los pobres y a los ricos, a los enfermos y a los niños; debe prepararse para decir la misa; debe recibir las almas, una a una, como un pastor que conoce su rebaño y llama por su nombre a cada oveja".³¹

Hablando de los trabajos del hogar, decía una testigo cercana de su vida: "El milagro más grande que el Padre ha conseguido, en esa Obra que Dios le ha confiado, es el de la vocación de esas mujeres que atienden las administraciones: mujeres que se sienten orgullosísimas de servir, durante toda su vida, y que no se cambiarían por una princesa".³²

³⁰ Notas de una tertulia, mayo de 1965.

³¹ Citado en Ana Sastre (1991), *Tiempo de caminar*. Madrid, Rialp, p. 63.

³² Citado en Pilar Urbano, *El hombre de Villa Tevere* (1995), Barcelona, Plaza & Janés, p. 253.

Y, el 25 de junio de 1975, un día antes de morir, abrió su corazón a un hijo suyo, expresando una certidumbre de su corazón: "Como fruto de la labor nuestra, devolviendo a la vida su sentido cristiano, muchas personas se plantearán con gran alegría la posibilidad de dedicarse a servir: servir a todos, pero por Amor de Dios... Y lo verán y lo considerarán como lo que de verdad es: ¡como un privilegio!... De todas partes del mundo vendrán a la Obra las almas más finas, las más delicadas espiritual y culturalmente, las más deseosas de identificarse con Jesucristo. Pedirán la admisión en el Opus Dei, con una decidida vocación de servicio"³³.

Podríamos abundar en otros ejemplos, pero me parece que su enseñanza se puede sintetizar en una máxima de conducta que inculcó en todos sus hijos: "para servir, servir". Es decir, para ser auténticamente útiles, "para servir", hay que darse, estar disponibles, "servir".

Nuestro primer Gran Canciller, el Venerable Álvaro del Portillo, al escoger para su escudo episcopal el sello del Opus Dei –la cruz de Cristo metida en la entraña del mundo–, acompañado de una rosa, flor mariana por excelencia, y el lema *Regnare Christum volumus* –Queremos que Cristo Reine–, nos está diciendo: si desean que la Universidad de La Sabana sea

³³ *Ibid.*, p. 255.

un instrumento de Redención, es preciso que sellen su vida profesional, familiar y social con la santa Cruz, y así, sin confundir lo humano con lo divino pero sin separarlos, transformen su entera existencia en servicio a Dios y a los hombres.

He tratado de acercarme a la verdad de la persona humana desde la perspectiva del servicio, para animar a la Universidad, comunidad de personas unidas en el amor a la verdad, a iluminar con esta luz todo su quehacer.

Muchas gracias.

Bogotá, 8 de abril de 2013.

Solemnidad de la Anunciación del Señor



Caminos para ahondar en la economía desde la óptica del don*



* Lección magistral de Monseñor Hernán Salcedo Plazas Vice Gran Canciller de la Universidad de La Sabana, en la graduación del MBA Intensivo 2010-2012 de INALDE, publicada en: *Revista INALDE*, edición n.º 36, mayo de 2013, pp. 33-37.

Al reflexionar sobre la economía desde la óptica del don, me viene a la memoria un suceso que me impresionó profundamente hace varios años.

Regresaba una tarde, ya anocheciendo, de un viaje largo y cansado. Estaba muy próximo a mi casa, detenido en uno de los últimos semáforos del trayecto. De pronto, como suele suceder en nuestras grandes ciudades, se acercó a la ventanilla del automóvil un señor de edad avanzada para pedir una limosna. He de reconocer que en ese momento no deseaba atender su petición y tenía un poco de temor por los robos que a veces ocurren en estos casos. Por ese motivo, bajé solo un poco el vidrio de la ventanilla, lo suficiente para darle una moneda. Entonces aquel hombre me dijo con voz pausada:

-Padre, míreme a la cara, que yo también soy persona.- Quedé conmovido y consternado, y el hecho se me grabó para siempre.

La enseñanza era clara: no basta entregar una moneda, para socorrer a una persona necesitada; es preciso amarla, al ofrecerle la ayuda. Aún no había reflexionado sobre la distinción entre los bienes y los dones y su relación con la economía, que es el hilo conductor de mi exposición, pero aquel fogonazo de advertencia arrojó una luz sobre esta relación.

Antes de entrar en el tema, quisiera hacer algunas consideraciones previas. La primera versa sobre el peso de las palabras. La palabra posee un poder propio, un poder que pone en movimiento quien la pronuncia. Una palabra no es, por tanto, indiferente. Decir *buenos días* es un acto de acogida, de benevolencia e introduce en la paz; injuriar a alguien, es herirlo. Quiero que el mensaje que deseo transmitir sea positivo, alegre, creíble, atractivo, claro, abierto y, en primer lugar, amable por el respeto y el amor a cada persona que lo caracteriza. La prueba de la verdad es el amor. El mundo en que vivimos es con frecuencia hostil, frío y cruel, y las personas esperan no ser maltratadas ni excluidas sino tratadas con la luz y el calor de la amistad.

Un segundo punto, relacionado con el anterior, es la dificultad para comunicarnos en nuestra situación histórica, por la pérdida de significado de las palabras. A este respecto, cuenta la protagonista de la narración *Cisnes salvajes*,¹ uno de los libros más leídos sobre la China del siglo XX, que nunca se le ocurrió poner en tela de juicio de modo explícito la Revolución Cultural o la Guardia Roja, pues ambas eran creación de Mao, y Mao se hallaba fuera de toda duda. “Al igual que muchos chinos –cito textualmente–, me

¹ Chang, Jung (1993). *Cisnes salvajes*. Circe ediciones.

hallaba entonces imposibilitada para desarrollar un pensamiento racional. Nos sentíamos todos tan acobardados y confundidos por el miedo y el adoctrinamiento que nos hubiera resultado inconcebible apartarnos del camino señalado por Mao. Además, estábamos tan abrumados por las falacias de la retórica, la desinformación y la hipocresía que resultaba prácticamente imposible vislumbrar la realidad de la situación y llegar a un juicio sensato”.

Suele ocurrir además en estas vicisitudes que las palabras pierden su valor y se vive en la mentira. “La gente había aprendido a desafiar la razón y a vivir en una perpetua pantomima –cito nuevamente *Cisnes salvajes*–. La nación entera se vio arrastrada al embaucamiento. Las palabras se divorciaron de la realidad, la responsabilidad y los pensamientos de los individuos. Se contaban embustes con toda tranquilidad debido a que las palabras habían perdido su significado y habían dejado de ser tomadas en serio por los interlocutores”.

Por otra parte, es importante no solo comprender el sentido literal de las palabras en su lugar y momento. Esto es bueno e importante, pero no basta. La palabra humana guarda una sobreabundancia de luz, que trasciende el momento histórico de quien la pronuncia; está como a la espera de una más

alta comprensión de la realidad a la que se refiere, para significarla con mayor hondura.

Para terminar estas consideraciones previas, señalaré de modo sencillo y muy abreviado el significado de las palabras clave de mi intervención, para hacer más amable y claro nuestro entendimiento. Estas palabras son: amar, bien, don y trabajo.

Amar equivale a dar: es decir, que ser persona humana significa en su sentido más alto un dar destinado a ser aceptado. Amar, por tanto, corresponde solo a las personas y compromete su libertad: sin libertad, no se ama. Además, el amar es recíproco, nunca solitario. Quien ama da, ofrece, y queda a la espera de la aceptación de la otra persona. Sin la aceptación el acto de dar se frustra.

Trabajo y bien están íntimamente relacionados. Por trabajo entendemos, en sentido pleno, la capacidad de obrar de la persona humana. ¿Qué significa el obrar de la persona humana? Significa la capacidad de idear, intentar y realizar bienes, para ser ofrecidos, dados a otra persona. Todo tipo de bienes, no solo aquellos que se suelen llamar espirituales. Cuando se obra rectamente, esta capacidad aumenta, obra cada vez

más el bien. El mal moral detiene y destruye la capacidad de obrar el bien.²

Y, el bien ¿qué es? No es nada fácil expresarlo brevemente. Digamos que es la perfección que aporta la persona humana. La persona humana se perfecciona y crece haciendo el bien, realizándolo. Perfección que requiere, entre otras cosas, la verdad, para ser ideada.

Por último, ¿qué entenderemos por don? Don es el bien ofrecido, dado a otra persona, en espera de ser aceptado. Es la elevación del bien por el amar. De otra manera, es el compromiso de la libertad con el bien al ser ofrecido a otra persona. El don vincula a las personas, las compromete, las une; y el vínculo por el que se hacen solidarias es justamente el don, que por eso se puede llamar también amor, que se distingue del amar. En este sentido, amar equivale a dar, aceptar, don; el amar, se puede decir, es trino.

Un ejemplo puede ilustrar lo dicho. En la manifestación del consentimiento matrimonial, consentimiento que implica la libertad de los contrayentes, cada uno de los futuros esposos dice: "Yo, NN, te recibo a ti, NN, como esposo(a) y me entrego a ti y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y

² Cf. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, 44-45.

respetarte todos los días de mi vida". Con ese acto mutuo de entrega y aceptación, se constituye el vínculo matrimonial. ¿Qué se han entregado y aceptado mutuamente? Un bien. ¿Qué bien? Su vida, que entonces se eleva a la categoría de don, de amor. Entendemos así que el bien de la vida entregada queda comprometido por ese acto de amar y elevado a amor, a don vinculante, en este caso mientras vivan.

Pasemos ahora sí al tema central de mi exposición que parte de la Encíclica *Caritas in veritate*, en la que Benedicto XVI³ se refiere a "la necesidad de dar forma y organización a las iniciativas económicas que, sin renunciar al beneficio, quieren ir más allá de la lógica del intercambio de cosas equivalentes y del lucro como fin en sí mismo"⁴ y a la necesidad de "cambios profundos en el modo de entender la empresa",⁵ y, más ampliamente, la economía, lo que exige ahondar en la distinción entre bienes y dones. Profundización que intenta evitar caer en un planteamiento

³ En este momento histórico para la Iglesia Católica, invito a todos a unirse en oración por los papas Benedicto XVI y Francisco y por la Santa Iglesia, como nos lo ha pedido reiteradamente. Le agradecemos su ministerio petrino, fiel y humilde, sabio, lleno de amor a Cristo y a su Madre, la Virgen, a la Iglesia y al hombre.

⁴ Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 38.

⁵ *Ibid.*, 40.

dialéctico, de enfrentamiento, entre el “dar para tener”, propio de la lógica de compraventa, o el “dar por deber”, propio de la lógica de las intervenciones públicas, y el dar gratuito propio de la lógica del don.⁶

El desafío que se nos propone es el de una plena humanización de la economía, y reside justamente en esta gran pregunta que debemos afrontar seria y responsablemente: ¿se puede introducir el amar humano y su elevación cristiana, la caridad, en la economía y en el espacio público?⁷ Esta pregunta es válida para cualquier ámbito de la vida humana, pero aquí solo nos detendremos en el campo de la economía.

La respuesta es rotundamente, sí; porque la persona humana no admite otro tratamiento, acorde con su dignidad, que el ser amada. Pero, ¿cómo es posible lograrlo?, ¿cómo podemos proponer un camino viable para esa deseada plena humanización de la economía? Mi propuesta,⁸ en síntesis muy apretada, es

⁶ Cf. *Ibid.*, 39.

⁷ Cf. Martin Schlag (2012), *La nuova evangelizzazione nello scenario económico*, en *Annales Theologici*, 26, pp. 419-436.

⁸ Mi propuesta está inspirada en la antropología del profesor Leonardo Polo, fallecido en Pamplona el 9 de febrero de 2013, profesor visitante del INALDE, y a quien estoy muy agradecido. También me sirvo de algunas glosas del profesor Jorge Mario Posada al pensamiento del profesor Polo.

esta: para que los bienes, –en este caso, los bienes económicos– sean dones y no solo bienes, no basta, entre otras cosas, su perfección en todo sentido y la oferta-demanda justa del mercado; se precisa además *elegir la oferta a ofrecimiento y la demanda a aceptación*. Es decir: el bien, para convertirse en don, requiere el compromiso de la persona que ofrece el bien como de la que lo acepta; y, al ser la persona humana en esencia social, también el compromiso de la familia, de la sociedad, de la empresa, de toda la comunidad humana, con el bien: el compromiso es un acto personal, pero no solitario, sino en el seno de una comunidad humana.

La oferta-demanda puede ser egoísta, por impersonal; el ofrecimiento-aceptación no, pues el amar equivale a dar y aceptar, implica la apertura al otro. En el intercambio de bienes entre personas, lo más radical es la gratuidad del amor, del bien elevado a don, que no anula la creación de riqueza económica, sino que le da su sentido último que, a su vez, permite el crecimiento irrestricto de la capacidad de bien de las personas y de la sociedad.

El punto clave de este planteamiento es el compromiso de la persona respecto del bien. ¿Qué significa este quedar la persona comprometida respecto del bien? Que es la persona y solo ella quien eleva el bien a la condición de

don con respecto a otra persona, y así despeja el riesgo del aislamiento egoísta, al realizar el bien para otra persona distinta de la que lo obra o quiere.

Una persona que se niega a amar rebaja el don a solo bien; de hecho, puede poseer bienes, riquezas, pero en exclusiva, solo para ella y nadie más: es la figura del avaro. Una empresa que pierda de vista a la persona al ofrecer sus productos o servicios, sufrirá del mismo mal, no tratará a la persona como persona, sino como cosa. No quiere decir esto que los bienes ofrecidos no tengan un precio, o que se prescindiera de la ciencia de la economía, o del mercado, sino que al ser rebajados a simples bienes no llegan a ser dones. Podemos vivir entonces como extraños, o peor aún, como enemigos, en una sociedad del bienestar.

Un ejemplo sencillo que ilustra lo que acabo de decir es el siguiente. Si un esposo prepara con gran cariño un regalo para sorprender a su esposa el día de su aniversario de matrimonio y ella no lo acepta, el regalo no pasa de ser un bien valioso, no llega a ser un don que una a los esposos. Más aún, será motivo de dolor para uno y de desprecio para el otro. Sin el don no se alcanza la comunión, el quedar las personas vinculadas precisamente en ese don común, en ese amor común.

Si, a pesar de la forma algo abrupta como he dicho las cosas, han entrevisto que es preciso distinguir el bien del don, vamos por buena senda. Insistamos en lo que significa esta distinción, añadiendo una luz a lo hasta ahora expuesto. La distinción entre el bien y el don significa, como hemos dicho, que el don es el bien elevado a don por la persona que ama. Sin embargo, amar a otra persona no se reduce a querer, a realizar bienes para ella. Es lo que ocurre al marido que lleva puntualmente su sueldo a su hogar y se conforma con entregarlo, pero la vida muestra que no ama a los suyos, que es un egoísta que vive para sí mismo. Su gesto equivale a arrojar el salario al piso o a la cuenta bancaria, para que los suyos, que se han vuelto extraños para él, lo recojan y vivan de ese bien, de ese sueldo.

Quien ama, da y acepta, pues al amar, dando, de la otra persona espera que acepte el dar, y hasta el punto de que si la otra persona no acepta el dar, se frustra el dar, pues no se “consume” el don, no se “instaura” el amor, de modo que –sin la aceptación– el dar queda en suspenso. La luz nueva es: el acto de amar, de dar y aceptar, es más radical que el bien, por eso no basta querer bienes para otra persona, es preciso amarla.

De otro modo, sin amar a la otra persona, sin el acto de dar y aceptar, el bien no se eleva a don; sin bien, sin obras, tampoco se instaura

el amor. La sabiduría popular lo dice así: obras son amores y no buenas razones.

Señalo ahora un punto de gran importancia: las personas se aúnan en el don, no en los bienes. La comunión de los esposos, por ejemplo, se alcanza en el don del amor mutuo; en cambio, sus vidas no se funden, no se hacen una sola vida. Es decir, cada uno de los esposos no vive la vida del otro, sino que ofrece la propia -que está obligado a hacer crecer sin restricción- y acepta la de su cónyuge. El "bien común" es el don, el amor. Esto es clave para ahondar en la noción de bien común en la economía.

Además, aquí no se detiene la capacidad de obrar el bien. El corazón humano anhela un don, un amor que sea persona, no se conforma con elevar bienes a dones inferiores a la persona. No le bastan los amores, así sean muy altos, pues ha sido creada para el Amor, para la Persona-Amor, para la Persona-Don, para el Espíritu Santo. Sin embargo, no está en su mano, digámoslo así, alcanzar ese Amor, solo puede esperarlo de la aceptación divina, que se consuma en el Juicio final. Entramos aquí en el orden de la economía de la gracia sobrenatural, en la que al dar nuestra vida a Dios, en Cristo, entramos en comunión con el Divino Espíritu, y somos así

introducidos en la Vida de Dios.⁹ La economía humana es elevada a la economía divina. Es obvio que aquí no cabe más que anunciar este misterio,¹⁰ del que al final haré una brevísima consideración.

Se comprende a la vista de lo expuesto hasta ahora, que una sociedad sin dones es una sociedad frágil, con poca cohesión, sin vínculos profundos de amor. El individualismo, fruto del egoísmo personal y social, es su característica más señalada. Aquí está, en buena medida, la raíz de muchos comportamientos: incumplimiento de los compromisos adquiridos, engaño, enriquecimiento ilícito, desprecio de la vida de los demás y tantos otros. En estos casos, no es el amar el origen de la actuación sino el poseer bienes a cualquier costo, el dominio despótico de unos sobre otros, el deterioro de la naturaleza.

Demos un paso más hacia adelante. El número 36 de la Encíclica *Caritas in veritate* dice: “El gran desafío que tenemos, planteado por las dificultades del desarrollo en este tiempo de globalización y agravado por la crisis económico-financiera actual, es mostrar,

⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 27, 259-260.

¹⁰ Para un primer acercamiento a este misterio, puede ayudar leer, por ejemplo: Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 45-53; *Amigos de Dios*, 55-72; Joseph Ratzinger/Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo en el Jordán hasta la Transfiguración*, pp. 314-316.

tanto en el orden de las ideas como de los comportamientos, que no solo no se pueden olvidar o debilitar los principios tradicionales de la ética social, como la transparencia, la honestidad y la responsabilidad, sino que en las *relaciones mercantiles* el *principio de gratuidad* y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben *tener espacio en la actividad económica ordinaria*. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo”.

Dar espacio al principio de gratuidad como expresión de fraternidad, ¿qué significa esto? Significa principalmente que la dignidad de la persona humana exige que se instaure el amor en la actividad económica ordinaria, en cualquier actividad económica. Quien piense que la gratuidad –lógica del don, por utilizar la terminología de la *Caritas in veritate*–, es propia solo de algunos intercambios de bienes y está ausente de los restantes, adolece de profundidad suficiente en su planteamiento.

La gratuidad como expresión de fraternidad significa también que el amar, y, por tanto, los distintos actos concretos de dar y aceptar, compromete la libertad de la persona de modos diversos, todos fraternos, pues venimos del mismo Padre-Dios. En toda relación interpersonal debe quedar comprometida la

libertad, aunque es claro que es mayor el compromiso, por ejemplo, entre esposos que entre colegas o simples conocidos. Por otra parte, para un cristiano este panorama se ensancha, pues la libertad humana ha sido liberada de toda atadura y elevada, por Cristo, a una altura insospechada, la de la filiación divina, destino último del hombre.

Finalmente, al ser libre la persona, cabe que no refrende el bien, con la posibilidad de que excluya el don de la actuación humana, que entonces corre el riesgo de ser egoísta o tan solo movida por lo que se suele llamar amor "propio". Sin el compromiso personal no es posible la civilización del amor, de la que se habla con frecuencia sin entender su hondura.

Expresemos ahora lo dicho con palabras del fundador del Opus Dei: "El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara. Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos";¹¹ es decir, conformarse con idear, intentar y realizar bienes sin amar.

¹¹ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 48.

Vamos a terminar con unas palabras sobre la economía sobrenatural. Me serviré de una imagen bíblica, la del banquete del Reino de los cielos, al que somos llamados, contando con nuestra cooperación, con el fruto de nuestro trabajo ofrecido a Dios, en Cristo, en espera de que sea aceptado, elevado a don en el Amor divino, en el Don increado. Es el glorioso comercio, del que habla con frecuencia la liturgia: "Acepta, Señor, los dones que te presentamos para esta Eucaristía a fin de que, a cambio de ofrecerte lo que tú nos has dado, podamos recibir de ti tu misma vida".¹²

Si el hombre, por el contrario, prescinde de Dios y alarga su mano pretendiendo tomar por sí mismo el fruto de su obrar para alcanzar la vida plena, entonces, al comerlo, al apoderarse de él, en lugar de alcanzar la Vida, la pierde: es devorado, corroído, por la incredulidad en su Padre-Dios; se convierte en fruto de muerte. De otro modo, si al comer el fruto, el hombre intenta "asimilar" la Vida divina en la humana, muere; si, por el contrario, acepta que su vida "sea asimilada", aceptada, por la divina, vivirá. Es de todo cristiano conocido que al final de nuestra vida seremos juzgados en el Amor.

Resumiendo, la plena humanización de la empresa y de las dinámicas del intercambio

¹² Oración sobre las ofrendas del Domingo XX del tiempo ordinario.

no se alcanza sin la gratuidad; es decir, sin la elevación de los bienes económicos a dones, por el compromiso de la libertad de las personas, en el seno de la sociedad. La gratuidad, por tanto, humaniza y perfecciona la entera economía, promueve un desarrollo acorde con la dignidad humana, y no se reduce a las actividades sin ánimo de lucro o a la ayuda gratuita que se presta a los necesitados.

Referencias

Benedicto XVI. *Caritas in veritate*, 38.

Benedicto XVI. Carta Encíclica *Spe Salvi*, 44-45.

Catecismo de la Iglesia Católica.

Chang, Jung (1993). *Cisnes salvajes*. Circe Ediciones.

Decreto pontificio sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, 9, IV. 1990. En: *Romana*, 6, 1990.

Del Portillo, A. (1990). Sacerdotes para una nueva evangelización. En: AA.VV. *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. Actas del XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*. Pamplona.

Echevarría, Javier. *Carta Pastoral con ocasión del Año de la fe*.

Echevarría, J. *Para servir a la Iglesia*.

Escrivá de Balaguer, Josemaría (1990). *Amigos de Dios*. 16ª. ed. Madrid: Ediciones Rialp.

- Escrivá de Balaguer, Josemaría (1989). *Apuntes íntimos*, n.º 217.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (2004). *Camino*. 3ª. ed. Edición crítico-histórica a cargo de P. Rodríguez. Madrid: Ediciones Rialp.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (1989). *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. 17ª. ed. Madrid: Ediciones Rialp.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (1991). *Es Cristo que pasa*. 28ª. ed. Madrid: Ediciones Rialp.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (1988). *Forja*. 7ª. ed. Madrid: Ediciones Rialp.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (1986). *Sacerdote para la eternidad*. En *Amar a la Iglesia*. Madrid: Ediciones Palabra.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría (1990). *Surco*. 3ª. ed. Madrid: Ediciones Rialp.
- Fuenmayor, A. de; Gómez-Iglesias, V.; Illanes, J.L. (1989). *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Ibáñez Langlois, J.M. (1989). *El Rey David*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Juan Pablo II. *Familiaris consortio*.

Juan Pablo II. *Mulieris dignitatem*.

Ponz, F. (1976). La educación y el quehacer educativo. En: AA.VV. *Memoria de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*. Madrid: Universidad de Navarra.

Ratzinger, Joseph / Benedicto XVI (2011). *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo en el Jordán hasta la Transfiguración*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Ratzinger, Joseph / Benedicto XVI (2011). *Jesús de Nazaret. Segunda parte. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Rodríguez, P.; Ocáriz, F.; Illanes, L. (1993). *El Ous Dei en la Iglesia*. Madrid: Ediciones Rialp.

Sastre, Ana (1991). *Tiempo de caminar*. Madrid: Ediciones Rialp.

Schlag, Martin (2012). La nuova evangelizzazione nello scenario económico. En: *Annales Theologici*.

Tertuliano. *Apologeticum*.

Urbano, P. (2008). *El hombre de Villa Tevere*.
Barcelona: Editorial Planeta.

Vázquez de Prada, A. (2003). *El fundador
del Opus Dei. Los caminos divinos de la
tierra*. Madrid: Ediciones Rialp.

Este libro se terminó de imprimir en
diciembre de 2014 en caracteres
Book Antiqua y Avenir.